

Lucio

POR ARABELLE JARAMILLO OCHOA



El pobre muchacho se le perdió entre la multitud. Gabriel se dio la vuelta después de haber pasado la vergüenza más grande de su joven vida. Aquello había sido un golpe muy duro a su amor propio. Sin embargo, así como había perdido parte de su dignidad, se percató de que también había perdido el miedo. De modo que cuando descubrió, a unos metros de él, a la chica que había ocasionado todo, no lo pensó dos veces y se dispuso a ofrecerse como compañero de baile. Ella, momentos antes, había estado esperando que Gabriel se le acercara, pero justo antes de que pudiera hacerlo, un chiquillo se había interpuesto entre los dos, de modo que comprendía perfectamente cómo había ocurrido el confuso incidente. A raíz de eso, la simpatía que le inspiraba aquel muchacho que pasaba frente a su portal, dio un giro en dirección a la ternura.

Gabriel se detuvo delante de ella. Le tendió la mano y la invitó a bailar. Ella sonrió y se dejó llevar hasta el centro de la cancha de baloncesto. Después de los primeros compases, se atrevió a preguntarle cómo se llamaba. La estridencia de la música hizo necesario que colocaran sus rostros muy cerca el uno del otro. Él escuchó de sus labios su nombre, mientras recibía las caricias de su aliento en el oído y sentía de cerca, por primera vez, el perfume de una mujer. Los sueños sí se cumplen, pensó. Gabriel jamás olvidará lo que le ocurrió en un baile escolar cuando a punto estaba de cumplir los quince años.

DIMITRIOS GUIANAREAS. Ciudad de Panamá, 3 de enero de 1967. Doctor en Medicina por la Universidad de Panamá (1991). Laboró durante cinco años como médico de cuarto de urgencias, para luego dedicarse a negocios en la industria de la pesca, actividad en la que se desempeña actualmente. Egresado del Diplomado de Creación Literaria de la Universidad Latina de Panamá en 2011, también ha participado en talleres literarios de Enrique Jaramillo Levi.

Siempre quiso parecerse a su padre, él solía imitarlo a cada paso, sin que aquella figura imponente lo supiera. Lucio, un niño frágil y callado, era un experto recolector de todo rastro que dejaba su progenitor...

Una vez al retirarse su padre de la mesa, Lucio en un rápido movimiento se sentó en su puesto y comenzó a atragantarse de la misma manera que lo hacía aquél, con la boca abierta, sin modales y despotricando cualquier cantidad de necedades e insultos. Nunca le gustaba la comida, siempre se quejaba de todo, que si está fría, que si me quemé la lengua, que si está salada, que si no...En fin, el hombre era un grotesco espectáculo que Lucio repetía sin pudor.

Lucio disfrutaba mucho estas aventuras, le permitían ser importante y el centro de atención aunque nadie lo estuviera viendo.

--Padre, ¿puedo tomar más jugo? -preguntaba Lucio agachado y sin mirarlo a la cara.

El padre ni siquiera le respondía, solo le arrebatada la jarra de jugo de las manos frágiles y sucias cuando el chico trataba de servirse.

Lo que no sabía aquella figura desagradable, era que una vez que se retiraba de la mesa, Lucio se daba un festín atragantándose igual que él... Y aunque sí

disfrutaba todo lo que se comía y siempre reservaba el pan de queso para el final, pues era su favorito.

Doña Lola lo horneaba en su estufa de leña, ya que estaba acostumbrada a cocinar de esta manera. Aunque aquel viejo tacaño no valorara sus succulentos platillos, ella lo hacía por el pequeño Lucio. Todos los días tocaba a su puerta para llevarles el desayuno calentito y listo para servirse, y así Lucio podía apurarse y llegar a la escuela a tiempo, en lugar de quedarse a preparar algo para el viejo refunfuñón.

Después, al llegar la noche, una vez más ella tocaba a la puerta y dejaba la comida envuelta entre paños para guardar el calor, y se apresuraba a retirarse antes de que el padre de Lucio la recibiera, y le aventara la comida quejándose de que siempre era lo mismo, y que quería probar cosas nuevas.

Lucio había conocido a su vecina una vez que, para sorpresa de la señora, él estaba pedaleando en la acera frente a su casa con mirada desorientada girando en círculos, y cargando un bolso de payaso con rayas rojas y azules, a la vez que trataba de equilibrar su cuerpo sobre un monociclo, con unos enormes zapatos de payaso que por obvias razones al no ser suyos excedían como 5 veces el diminuto pie de quien los portaba.

--¿Cómo te llamas? -preguntó Doña Lola.

--Lucio -contestó el intento de payaso.

--¿Y qué haces, Lucio? -cuestionó nuevamente la señora.

--Estoy trabajando en mi número del circo, quiero ser un payaso como mi padre. ¿Y usted cómo se llama? ¿Dónde vive? -preguntó apenado.

--En este portón -respondió Doña Lola, señalando un enorme portón que decía "Fonda Doña Lola".

--Ah, ya veo, entonces ese olor a pan recién horneado viene de ahí, todos los días desearía estar comiendo un pan... -contestó nuevamente al caer del monociclo en el que había estado pedaleando.

--¿Y será que puedo probar un poco de ese pan?

Lucio se veía bastante delgado para su edad, era un niño ojeroso, de mirada triste y cabellos lacios castaños, pero lo salvaba su gran sonrisa y habilidad



para imitar, que justo eso estaba haciendo, imitando a su padre, hasta que lo interrumpió Doña Lola.

--Claro que puedes probar, es más, ¿te gustaría pasar a comer algo a la fonda? ¡Seguro te gustará!

Pero en ese momento salía su padre del edificio listo para su jornada en el circo, llevaba un disfraz de payaso demasiado ajustado al cuerpo, viejo y desgastado por el paso de los años. Sus kilos de más y la vejez hacían de este personaje más que un payaso de circo, el cual debería agradar al público y hacer reír a la audiencia, un ser desagradable y tenebroso.

Tenía una enorme sonrisa hecha con maquillaje sobre su rostro pintado de blanco, pero por debajo de aquella línea roja, se ocultaba más bien una mueca retorcida, pues era un ser bastante infeliz y malhumorado.

De reojo buscó a Lucio y lo llamó enseguida. --¿Cuántas veces te he dicho que me tengas lista la comida, qué no ves que tengo hambre? -despotricaba mientras se le dañaba el maquillaje de tanto abrir la boca para exigir con tal desagrado lo que todos los días ordenaba hacer al niño.

--Ya va, padre, es que no me di cuenta de la hora, en seguida subo. -susurró con la mirada al suelo.

Doña Lola, que había estado como espectadora, interrumpió la conversación, ya que no podía creer semejante atropello, aquella criatura necesitaba ser rescatada de esa ardua labor.

--Señor, si me permite, el día de hoy tengo algunos platos adicionales, y les puedo convidar, no es necesario que me los pague.